

# La librería, entre el relato literario y los rastros históricos. Rastros, peripecias e inconvenientes para una narración sin conjeturas

Biblioteca Universitaria, vol. 22, núm 1, enero-junio 2019, pp. 70-78.  
DOI: <https://doi.org/10.22201/dgb.0187750xp.2019.1.212>

**EDGAR ADOLFO GARCÍA ENCINA\***

\* Docente-Investigador de la Unidad Académica de Letras, Universidad Autónoma de Zacatecas (UAZ). Av. Preparatoria s/n, Progreso, 98060 Zacatecas, Zac. Correo electrónico: [edgar.cia.encina@gmail.com](mailto:edgar.cia.encina@gmail.com)

## RESUMEN

El presente ensayo ofrece, desde el relato literario y la investigación histórica, un retrato de la situación de las librerías en México desde mediados del siglo xix hasta inicios del siglo xx. La cuestión central se enfoca en rastrear en qué momento se marcaron las diferencias entre un librería de nuevo y otra de usado y de viejo y, al tiempo, cómo estas formas han influido en nuestras concepciones actuales. Si bien se afronta desde la literatura y la historia, también se exponen algunos rasgos semánticos y, a la vez, se diserta sobre la producción libresca en el país desde una mirada filológica.

## Uno. El relato literario

**A**tilano Trompiscuis, por un lado, le han visto salir por la tarde de la feria del libro, en la que no hay «...carcamanes y ruletas de tiro al blanco, sino pura realización...»,<sup>1</sup> con un impreso nuevo bajo el brazo. Se trató de un ejemplar distinto al que había adquirido por la mañana, pero poco sorprendía porque era sabido que éste vivía en «...un bazar de libros. [en el que] No hay rincón vacío de tomos, ni mesa que no esté atestada de ellos, ni silla en que no se apilen...»<sup>2</sup> «El bibliómano», por su parte, es un hombre sin nombre que maravilló a José Juan Tablada (Coyoacán, CdMx, 1871-1945) desde que le vio husmear «...por las alacenas de libros viejos, en los antiguos portales o bajo el cobertizo del jardín del Seminario...»<sup>3</sup> Un personaje de fina talla y anteojos que no ocultaban las «...miradas ansiosas que revisaban pacientemente los anaqueles, [con] el ademán acariciador y sensual con que ansiaba el libro que le parecía de mérito y la manera rítmica y parsimoniosa con que volteaba las hojas para ver al trasluz el exacto registro de las páginas».<sup>4</sup>

1 ELIZONDO SAGREDO, José Félix. En la feria del libro. *De bibliomanía*. Un expediente, de Jaime Moreno Villarreal, selec., introd., y trad. Xalapa, Veracruz: Universidad Veracruzana, Biblioteca, 1924. p. 325.

2 *Ibid.* p. 329.

3 TABLADA, José Juan. El bibliómano. *De bibliomanía. Un expediente*, de Jaime Moreno Villarreal, selec., introd., y trad. Xalapa, Veracruz: Universidad Veracruzana, Biblioteca, p. 305.

4 *Ibid.* p. 305.

Atilano, héroe en la Revolución convertido a pintor, representa la figura de quienes construyen fama y reconocimiento social a partir de las apariencias. Es el analfabeto que desea «...ser ilustre y no pierde ocasión de codearse con nuestros intelectuales, asistir a conferencias y, por equivocación, a las sesiones de la Cámara de Diputados, donde él se figura que puede ilustrarse». <sup>5</sup> El bibliómano, es un hombre de personalidad gris que regularmente pasa desapercibido, pero que como fiero lector:

Alguna vez lo seguí en las horas vespertinas al cafetín vecino al mercado de libros y punto de reunión de estudiantes famélicos y de empleados en huelga de oficina... Ahí, después de sentarse, sacaba uno por uno los libros recientemente adquiridos, pasaba amorosas y satisfechas miradas por la elegante tipografía o por los anchos márgenes, y si notaba una hoja grasienta o llena de moho, sacaba de su bolsillo un pequeño estuche, aplicaba el ácido oxálico, el cloro o el polvo mineral hasta que la página limpiada recobraba su antigua tersura o su color natural. <sup>6</sup>

En ambas narraciones existen dos líneas discursivas: por un lado, la del relato de los hombres que se afanan por la posesión de libros y, por el otro, las migas que permiten reconstruir las historias de la venta-adquisición de esos impresos. En el caso de Atilano Trompiscuis, personaje central de *En la feria del libro* escrito por José F. Elizondo (Aguascalientes, 1880-1943) y publicado originalmente en la *Revista de Revistas* de 1924, ya hemos visto el retrato de un hombre que busca reconocimiento social a partir de la adquisición de este bien cultural. Asociado al cuento, también corre el sentido implícito del anhelo de redención a través de esos objetos apilados por el protagonista, intentando salvar la marca dejada en «su paso a balazos en los focos de las esquinas, en las puertas y en las casas del poblado» <sup>7</sup> cuando fue revolucionario. En este escenario, resalta la imagen de:

La ciudad [que] se ha conmovido. No se habla de otra cosa en todas partes. Y es natural, tanto tiem-

po de tener por única diversión “La Feria de la Pistola”, “El Tianguis de la Bala”, “La Lagunilla de los Atracos” y “El Año de la Mugre” —como pudiéramos llama a nuestro vivir metropolitano y turista— ha concentrado poderosamente la atención de los ciudadanos, una feria en que no hay nada de eso [...] <sup>8</sup>

Es la novedad y el desconcierto alegre, un —hasta el momento— desconocido buen ánimo generalizado que permite aquilatar la tranquilidad tras la revuelta. La presencia, oferta y demanda de libros cumplen una función social no siempre asociada a su naturaleza; su aparición indica sosiego. Con la «Feria del Libro» percibimos el arribo de la añorada tranquilidad y los primeros efectos de los tiempos pacíficos. Así, además de averiguar que Atilano asiste sin descanso a la Feria del Libro para adquirir ejemplares, recapitulamos el sentido festivo del acto a través de «Un mexicano que compra un libro [y que] tiene derecho a enorgullecerse. En este país donde de veinte millones de habitantes son analfabetos dieciocho y medio, es cosa de echar cohetes y colarse una borrachera por la acción heroica de comprar un libro», <sup>9</sup> acredita la voz del narrador que observa y testifica.

Por su parte, en el caso de «El bibliómano», breve cuento publicado por primera vez en la *Revista Moderna* en 1901, <sup>10</sup> descubrimos el retrato de un ser con «cara de buen sujeto y al través de sus toscos anteojos su mirada azul y desleída brillaba con el vago reflejo de un alma inocente y adormecida. [al que] Un paltó marrón cubría invariablemente su busto encorvado de lector incansable [...]». Éste, conocedor de las artes impresas, «deploraba los actuales tiempos y tenía entusiasmos extáticos al hablar del pasado. Disertó sobre los *incunables*, sobre los *speculum* y sobre los *donatos*, sobre las ediciones xilográficas [...] de los Libros de Horas y de los *Ars Moriendi* [...]». <sup>11</sup> Estamos, pues,

5 *Op. Cit.* ELIZONDO SAGREDO, José Félix. En la feria del libro, p. 327.

6 *Op. Cit.* TABLADA, José Juan. El bibliómano, p. 306.

7 AZUELA, Mariano. *Los de abajo*. Edición crítica de Jorge Ruffinelli (coord.). España: Archivos allcax, 1996. p. 117.

8 *Op. Cit.* ELIZONDO SAGREDO, José Félix. En la feria del libro, p. 325.

9 *Ibid*, p. 325.

10 El bibliómano también ha sido reproducido en varias antologías temáticas de literatura mexicana del siglo xx. Una de estas es *Los escritores y los libros* de 1960, editada por Jesús Castañón Rodríguez en 1960 con el sello de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público.

11 *Op. Cit.* TABLADA, José Juan. El bibliómano, p. 307.



frente a un individuo amante de los libros y adorador de las ediciones raras, con «una patética expresión de profunda tristeza [...] que murió hace meses en la miseria más trágica...»,<sup>12</sup> acota el escritor traslapado entre las maneras del informante impersonal y presencial.

En el eje narrativo del texto *Tablada* no intenta un relato de época, aunque al final no evita pronunciarse con las melancólicas líneas de que «quizá ese bibliófilo haya sido el último aficionado de corazón, el vástago postero de una raza de eruditos y de oscuros artistas extinguida hoy entre nosotros».<sup>13</sup> De esta forma el autor provoca el estacionamiento del protagonista con su época y, a su vez, por las condiciones estilísticas del relato en un presente consecutivo, perpetuo. La estrategia retórica, que es utilizada en las fábulas para aderezar el final de las historias con lecciones educativas y/o reflexivas, permite insinuar a un lector que será siempre contemporáneo, vigente. Sumada a esa estrategia y aludiendo a escenarios habituales, el autor presenta un retrato que provoca en el lector empatía y actualidad.

Lo vi durante mucho tiempo husmeando por las alacenas de libros viejos, en los antiguos portales o bajo el cobertizo del jardín del Seminario a la hora matinal en que los jardineros disparan el grueso chorro de las mangueras sobre las araucarias y los laureles de

la India, en los calurosos mediodías y aun al atardecer, cuando los estudiantes de las vecinas escuelas recorren los escaparates en busca de alguna obra de texto al alcance de su limitado peculio.<sup>14</sup>

Es aquí donde las formas de adquisición se esclarecen. Nuestro Bibliómano tiene un ritual: compra libros que luego vuelve a revisar en alguna cafetería, absorto en su posesión y nostálgico de las viejas joyas bibliográficas. Esos impresos los adquiere en los «escaparates», «anaqueles» y «alacenas de libros viejos, en los antiguos portales o bajo el cobertizo del jardín del Seminario» que revisa con paciencia. No tiene que esperar un momento del año o alguna celebración para comprar ejemplares, pues tiene oferta disponible constante en comercios establecidos fijos y semifijos, situados en las cercanías de una institución universitaria que, a su vez, predispone el ambiente para relacionarse con interesados en compartir y departir lecturas.

Hasta aquí, con los relatos de Atilano Trompiscuis y el Bibliómano es posible reconstruir parte de las formas de adquisición libresca que a finales del siglo XIX y principios del XX tuvieron los individuos en México. Se trata de conjeturas elaboradas a partir de fragmentos literarios, migas de breves narraciones, que descubren un par de cuadros de costumbres posibilitando los eventos y contingencias. Empero, más que una debilidad

---

<sup>12</sup> *Ibid*, p. 307.

<sup>13</sup> *Ibid*, p. 307.

<sup>14</sup> *Ibid*, p. 305.

es un aporte a la reflexión de las librerías en México que poco ha atendido la escritura de ficción. Así, mientras en un cuento sorprendemos el sosegado ambiente provocado por una Feria en un poblado habituado al estruendo revolucionario, en otro distinguimos el bullido de la gran ciudad donde su sociedad culta y/o universitaria acude a direcciones determinadas para comprar impresos. Son escenarios distintos: el primero al interior de la república donde la espera es clave en la cronología del lugar, el segundo en la capital del país donde el reconocimiento del objeto singulariza al individuo. En ambos casos —insisto— son limitadas piezas que provocan el imaginario sobre las maneras en que aquellos personajes se procuraban libros.

## Dos. Los rastros históricos

En 1899, según la *Guía general descriptiva de la República Mexicana*, existían 35 librerías diversificadas entre los ramos de nuevo y viejo.<sup>15</sup> Estamos 31 años antes de dos acontecimientos que cambiarán el panorama nacional: el cierre del ex Mercado del Volador, ubicado a un costado del Palacio Nacional, y la proyección de las librerías Porrúa y Robredo, fundadas a inicios del siglo xx.<sup>16</sup> Por un lado, la presencia del Mercado del Volador significó teóricamente el fin de los puestos ambulantes y semifijos en la Plaza Mayor de la Ciudad de México. Se trató del intento por acabar con la práctica de la oferta callejera, extendida desde el pasado novohispano.<sup>17</sup> En este sentido, su clausura es el fin de una política centralista y coercitiva que no funcionó, pues las ventas fuera del Mercado continuaron casi con la misma regularidad a antes de su existencia. Por el otro, el impulso de Porrúa y Robredo propiciado desde el poderío de su capital económico y de las «redes comerciales interoceánicas [que] les permitieron ampliar el negocio de la importación, distribución y

venta de libros».<sup>18</sup> Estas familias españolas avecindadas en el país iniciaron comprando y revendiendo bibliotecas para, luego, sumarse a la actividad editorial como sellos dominantes de los ciclos de adquisición, oferta y demanda de impresos durante todo el siglo xx.

No obstante, el dato expuesto por la *Guía general descriptiva* parece sesgado. Un par de ejemplos para argumentar. El primero, en el cruce de referencias sobre el comercio de libros un siglo antes, en el XVIII, cuando el control parecía más riguroso, se descubre la existencia de 47 personajes dedicados al comercio de libros,<sup>19</sup> sin considerar, como señalan Cristina Gómez Álvarez y Mariana Ozuna Castañeda, a:

las instituciones religiosas, entre las cuales se cuentan principalmente varios órdenes (carmelitas, jesuitas, franciscanos, agustinos y dominicos) [...] algunos particulares, individuos seglares o religiosos que, viviendo en Nueva España, mandaban comprar libros a España; algunas personas que por motivo de estudio o trabajo realizaban estancias en Europa y, al regresar a tierras novohispanas, traían consigo varios libros; los pasajeros de los navíos [...] y finalmente, se encuentran los tripulantes de los navíos, algunos, como los maestros, llevaban libros para comercializarlos en Veracruz.<sup>20</sup>

El segundo, Mariano Galván Rivera en su *Guía de forasteros en la Ciudad de México* de 1854 manifiesta la presencia de 13 negocios dedicados en exclusivo a la venta de libros, considerando aparte 12 imprentas y a 12 encuadernadores que también ofrecían pública-

15 FIGUEROA DOMÉNECHE, J. *Guía general descriptiva de la República Mexicana*, México: Ramón de S. N. Araluce, 1899.

16 Cfr. FUENTES CASTILLA, Enrique. *Antigua Madero librería: el arte de un oficio*. México: La Caja de Cerillos Ediciones, 2012. y López Casillas, Mercurio. *Libreros. Crónica de la compraventa de libros en la ciudad de México*, México, Conaculta, 2016.

17 Cfr. GÓMEZ ÁLVAREZ, Cristina y OZUNA CASTAÑEDA, Mariana. *La literatura en el comercio de libros (Cádiz-Veracruz, 1750-*

1778). *Unidad y sentido de la literatura novohispana*, Juan Pascual Buxó (ed.), México: Unam, 2009. p. 491; El mundillo del libro en la capital de Nueva España. Cajones, puestos y venta callejera (siglo XVIII). *Revista de Indias*, 2017, vol. LXXVIII, núm. 270, p. 493-520 y *Del autor al lector / Carmen Castañeda*, coord. México: Ciesas: Miguel Ángel Porrúa, 2002.

18 MORENO GAMBOA, Olivia. *Hacia una tipología de libreros de la Ciudad de México (1700-1778)*, p. 146.

19 *Ibid*, p. 129.

20 GÓMEZ ÁLVAREZ, Cristina y OZUNA CASTAÑEDA, Mariana. *La literatura en el comercio de libros (Cádiz-Veracruz, 1750-1778)*. *Unidad y sentido de la literatura novohispana*, Juan Pascual Buxó (ed.), México: UNAM, 2009. p. 491.

mente el producto.<sup>21</sup> Es decir, que a mediados del siglo XIX en la capital del país se conservaban 37 negocios dedicados a la producción y/o venta de libros. En ese sentido, la exclusiva cifra oficial de 35 librerías a finales de la centuria decimonónica para el territorio nacional queda corta, sobre todo cuando algunos estudios en materia recuperan mayor actividad en el mismo y en distintos periodos, revelando «parte de la actividad y el desarrollo de la vida cultural en México».<sup>22</sup>

Aunque en la superficie el dato parece confesar probables limitaciones de censo, en lo profundo revela el conflicto por el control del comercio del libro asentado, en este caso, en un órgano oficial. Estamos frente a un desarreglo iniciado a mediados del siglo XIX que encontró su punto álgido entre 1920 y 1930. Es la contienda por el título de «librero»; por cómo y quién se detentaría como tal, frente al que no. El desencuentro entre pares vestido de antagónico, y oculto en la manipulación de las cifras, permite entender desde la superficie semántica la redefinición del sujeto y su quehacer, desvelando una profunda, lánguida e impetuosa controversia por el dominio comercial, teniendo como telón la transición entre siglos y las políticas modernizantes del porfiriismo. Súmese que, junto a la exclusión semántica —insisto—, se encuentra un profundo desarreglo entre pares que marcará la historia y las maneras de entender, conceptualizar y leer la moderna librería.

El conflicto pudo haber iniciado como simple reclamo, casi un reproche. En un documento anónimo publicado en 1866 en la primera página del diario *La orquesta*, el redactor se cuestionaba sobre a quién podía llamar librero.<sup>23</sup> La interrogante, que correrá por lo menos hasta la primera década del siglo XX, encuentra una ocasión terminante que exigía saber:

si se podía llamar librero a quien era dueño de una librería o era mejor denominarlos especuladores

que traficaban con productos ajenos. A su juicio, la palabra debía asignarse, en contra de la opinión mayoritaria, a los *ciudadanos* que ponían un pequeño puesto ambulante con libros usados, que llevaban la cultura sin dar *sablazos* a los clientes.<sup>24</sup>

A la interrogante, que sobrelleva un juego retórico de reclamo, se sumaron en las postrimerías del siglo XX un par de nuevos tópicos. Por un lado, considerar la posibilidad de que los vendedores de viejo y usado pudieran reconocerse o no como libreros. Por el otro, si los negocios que ofrecían libros como una mercancía más, junto a otros productos como fierros o alimentos, podían llamarse librerías. En esta circunstancia, tanto autoridades como medios de comunicación denominaron como expendios o «expendedores de libros» a los que se hallaban en alguna de estas circunstancias.<sup>25</sup> Es un momento parteaguas; al desestimar individuos y distinguir comercios se formula desde los grandes intereses económicos-empresariales, con el consentimiento del Estado, la tipología del tema.<sup>26</sup>

Esta moderna caracterización de las librerías, que inició con la interrogante de ¿libreros o especuladores?, poco tenía que ver con el pasado decimonónico y novohispano. Ese pasado entendía al librero como el individuo vendedor de libros, sin importar que lo hiciera en establecimientos fijos con alacenas o en semifijos en puestos de mercadillos, plazuelas, calles, portales o de mano en mano. Tampoco distinguía en gran medida la temporalidad del objeto, salvo cuando era muy extendida, presentando y considerando en el mismo espacio impresos de distintas épocas y temáticas. En fin, librería era allí donde se ofertaba libros y librero el individuo que los vendía. En ese sentido, por un lado, aunque en la superficie del anónimo de *La orquesta* de 1866 se pone en entredicho el título de librero a partir del costo del objeto ofertado y las precariedades económicas del consumidor, lo que

---

21 *Guía de forasteros en la ciudad de Méjico, para el año de 1854: contiene las partes política, judicial, eclesiástica, militar y comercial* / Mariano Galván Rivera, ed. Méjico: Santiago Pérez, 1854. 352 p.

22 ÁNGELES ESCOBAR, Noe; DÍAZ AGUILAR, Janet J.; ROMERO MIRANDA, Xavier; SOSA Miguel. Las bibliotecas, imprentas y librerías en las guías de forasteros y obras relacionadas de la Ciudad de México. *Investigación Bibliotecológica*, 2009, vol. 23, núm. 47, p. 121.

23 Anónimo. *La orquesta*, México, 1866, 21 de febrero.

---

24 RIVERA MIR, Sebastián. El expendio de libros de viejo en la Ciudad de México (1886-1930): en busca de un lugar entre pájaros, fierros y armas. *Revista Información, Cultura y sociedad*, 2017, número 35, p. 45.

25 *Ibid*, p.43-64.

26 *Op. Cit.* MORENO GAMBOA, Olivia. Hacia una tipología de libreros de la Ciudad de México (1700-1778), p. 121-146.



está de fondo es el sustantivo y las valías de su función socio-cultural. Vale anotar que el artículo coincide con el año de la edificación del Mercado de Libros Viejos en el que «estaba el proyecto de modernización porfirista, que combinaba elementos de orden liberal con propuestas del positivismo»,<sup>27</sup> junto al Mercado del Volador. Éstos, buscaban contener que « Los domingos, las librerías se extienden en mesas anexas, en las cuales se amontonan las colecciones de *La ilustración Francesa*, los argumentos de óperas y los folletos sobre agricultura, industria y comercio».<sup>28</sup> Por otra parte, que la *Guía general descriptiva de la República Mexicana* de 1899 distinguiera la presencia de librerías de nuevo y de viejo adjudicando un precario número existente aduce a la implementación de aquellas políticas modernizantes que buscaban sistematizar la información y controlar el sector. Esto explica el descarte de otros negocios, la agrupación de social por/ en grupos de intereses sociales, económicos y culturales, y la existencia de los mercados como sitios autorizados o regulados para la comercialización del producto que, a su vez, dieron cabida a la utilización política y el intento de control y censura.

Estamos frente a los grandes asuntos de la conceptualización semántica y la definición comercial. Aunque en nuestra época es sencillo reconocer la librería

como «tienda donde se venden libros» en la que el dueño y/o dependiente emprende el «oficio», «ejercicio o profesión de librero»,<sup>29</sup> a comienzos del siglo XX descubrimos que la semántica es escurridiza.<sup>30</sup> La aparición en escena de las familias Porrúa y Robredo en el naciente siglo XX será factor determinante, pues a partir de su labor como libreros, primero, y como editores, después, les permitió influir en las determinaciones estatales y en la socialización del término. El establecimiento de estas las librerías de viejo y de nuevo que, además, imprimían libros de autores clásicos, modernos y recientes, marcaron definitivamente los contrastes. A partir de este momento —al menos en México— una era la librería de nuevo y otra la de viejo, punteando las disimilitudes a partir de la temporalidad del producto, su conservación y demanda, por ejemplo. A este contexto, súmese la campaña que corría en algunos diarios católicos en contra del comercio semifijo e informal que ofertaba:

29 Cfr. Real Academia Española. *Diccionario de la Lengua Española* [en línea]. <http://dle.rae.es/index.html> [Consulta: octubre 2018].

30 Como resabios de esa disputa por definir una librería y un librero, en nuestro tiempo descubrimos vaporosidad. Por ejemplo, en torno a las librerías de «usado» y/o en ambulante o semifijos, el común tiende a entender al lugar como «mesillas» o «puesto», quizá por su carácter móvil y efímero. La salvedad es cuando se aglutinan en alguna forma oficial, como Feria del libro, y/o cuando algunos de esos negocios se acreditan como sucursales de un establecimiento fijo, con fama reconocida. El reconocimiento del librero, por su parte, pasa por el dominio del tema, conocimiento del objeto, experiencia en el mercado que, de lo contrario, pasa a identificarse como comerciante.

27 Ver. «Sobre el proyecto para establecer un kiosco para los libreros» (1885), en AHCM, Fondo Ayuntamiento, Serie Fincas Mercados, Vol. 1101, Exp. 27. Citado en Información, Cultura y sociedad, Número 35, México, 2017, p. 48.

28 ESTRADA, Genaro. *Obras completas: Poesía, narrativa, prosa viaria, crítica, arte*. México, Siglo XXI Editores, 2004, p. 146.



Libros de texto para las escuelas, novelones sensacionales, librillos vistosos y por lo común sandios cuando no infestados de pornografía, folletos y libracos de cuentos verdes, y producciones asquerosas de plumas libertinas, obras trucas y multitud de impresos y de estampas y fotografías sin valor ni atractivo, resto despreciado de las bibliotecas, eso es todo lo que ahora se compra y se vende...<sup>31</sup>

Se compra y se vende en medio de un caos carnavalesco donde:

Los anaqueles, el mostrador, los pilares, todo es aprovechado en las barracas de los libreros, para la exhibición de muestras y enseñas. Sobre el muro exterior, cordeles paralelos sostiene bandas de las materias más disímiles [...] Prendidos un cordel, en el que se sostienen con pinzas de madera para ropa, están los cuadernos de *La Novela Semanal*. En hilera, sobre el mostrador, autores españoles y mexicanos [...] luego, unos tomos de Darío, de las obras completas, con autógrafo del niño Rubén Darío Sánchez y destacando su nota naranja, otros de la colección *La Cultura Argentina*.<sup>32</sup>

31 PRANTL, Adolfo y GROSÓ, José L. *La Ciudad de México, novísima guía universal de la capital de la República Mexicana*, México: Librería Madrileña, 1901.

32 *Op. Cit.* ESTRADA, Genaro. *Obras completas*, p. 146-147.

En esa línea de pensamiento, la conceptualización semántica y la definición comercial se dieron en el mismo escenario: librero era aquel que, sin importar si era de nuevo o de viejo, vendía libros en un local expresamente dedicado al producto, cuidaba de la calidad «moral» de su oferta y se reconocía conocedor de la variada producción editorial. Cuando la discusión menguó, acuciada por este acuerdo impuesto por y desde factores económicos, las siguientes décadas que corrieron de 1940 a 1980 serán conocidas como la «edad de oro» de las librerías en el que propietarios, directores y socios tomarán el riesgo de expandirse, abriendo varios puntos de venta en la Ciudad de México y en algunas ciudades de la república, y favorecerán la publicación de escritores nóveles, sobre todo de la literatura mexicana. Esa época, luego, fue respuesta, consecuencia e imitación de una tradición libresca instaurada a finales del siglo xix y principios del xx que, por decir lo menos, tuvo sus fricciones, determinaciones y acciones.

### Tres. Relato y rastro

En las narraciones de «La feria del libro», escrito por José F. Elizondo y publicado en *Revista de Revistas* en 1924, y «El bibliómano», escrito por José Juan Tablada y publicado en *Revista Moderna* en 1901, leemos un par de cuadros de costumbres que retratan a singulares personajes enamorados de los libros. El primero es un revolucionario, analfabeta, que ha descubierto el poder que dan los libros; en este caso, Atilano Trompiscuis lo piensa como *estatus* social y cultural. El segundo es un hombre culto que reconoce el poder del saber en los libros; aquí el Bibliómano construye su biblioteca personal como un tesoro invaluable. En ambos casos, además, resaltan tres elementos superlativos: el primero, la existencia de una temática poco expuesta en México como la bibliofilia; el segundo, los efectos narrativos de nostalgia y melancolía que sitúan al lector en un tiempo constante, que corre desde un pasado a un presente vigente; el tercero, la presencia de los libros en cumplimiento de funciones no siempre asociadas a su naturaleza, en estos casos de tipo social asociados a la paz, la fiesta, el anhelo y el extravío del pasado.

Por otro lado, las desavenencias por reconocer al librero y la librería son tema discutido que recorre, por algunos diarios, desde mediados del siglo XIX hasta sortear las primeras décadas del XX. Varios aspectos contribuirán a la definición semántica de quién es un librero y cuál una librería, entre los que se encuentran los costos y las maneras de la oferta y la demanda. Estas formas definitorias continuarán hasta nuestros días a partir de una miscelánea del pasado colonial, el decimonónico y el moderno, porque las maneras del comercio de libros no entran en metamorfosis sino, por el contrario, suman nuevas condiciones, redefiniéndolo y acotándolo. En ese sentido, la librería se reconoce por ser la «tienda donde se venden libros». En paralelo con su historia, se añade que allí se mercadean expresamente libros de cuidada calidad y delimitada temporalidad, a según si es de nuevo, de usado y/o de viejo. El oficio o profesión de librero es también un ejercicio de comercialización en que el individuo se reconoce informado de la variada producción editorial y, en algunas ocasiones, empresario transformado en editor y publicista de autores clásicos, modernos y noveles, aunque «dentro de su heterogeneidad, no gozaron de una vida lujosa ni de un prestigio social a toda prueba».<sup>33</sup>

En este sentido, lo que las narraciones manifiestan son tres situaciones que los relatos y la información histórica no proveen. La primera, «La feria del libro» describe el escenario al interior de la república, generalizando sitios de provincia donde no existe librería alguna y la comercialización de impresos concentra «poderosamente la atención de los ciudadanos»,<sup>34</sup> considerando como «acción heroica [la] de comprar un libro».<sup>35</sup> La presencia de la feria, al tiempo, confiesa la organización del gremio que acude a estos lugares para atender una demanda, satisfaciendo a un sector del que ignoramos su amplitud pero sí conocemos su impacto. Es pertinente señalar que este hecho no es privilegio señero del siglo XX, ya que desde el siglo XVI es posible advertir «áreas sin librerías» que obtienen libros a través de redes operadas por mer-

caderes con rutas de distribución por todo el territorio nacional. En ese sentido, atendiendo a la fecha de publicación del cuento, encontramos la presencia del sector librero, organizado y en expansión, consecuentemente con su propia historia.<sup>36</sup>

La segunda, en «El bibliómano» el escenario se centra en calles céntricas de la Ciudad de México de inicios del siglo XX, área considerada como la de mayor exposición de venta de libros usados y viejos, donde «hay varios libreros que tienden sus mercancías sobre modestos papeles, y que acaso ignorándolo, prestan un gran servicio realizando libros que muchas veces no se encuentran ya en las librerías. Una necesidad urgente, una deuda inaplazable [...]».<sup>37</sup> Con este personaje notamos que en 1901 los mercados que debieron contener la oferta libresca habían dejado su función para otros comercios, pues era más fácil adquirir «...por las alacenas de libros viejos, en los antiguos portales o bajo el cobertizo del jardín del Seminario...»,<sup>38</sup> en los cafetines y lugares cercanos a la Universidad.<sup>39</sup> La tercera, la discusión por delimitar quién es librero y cuál o cómo es una librería fue —aparentemente— tema entre particulares, en el que las personas parecían poco informadas o interesadas. Para el caso, ni José F. Elizondo ni José Juan Tablada, autores prominentes de su época y conocedores de la vida cultural, hacen mención del conflicto, aunque sí refieren a las distintas formas y maneras de los individuos y su quehacer en torno de los libros, mediadores culturales<sup>40</sup> en toda sociedad. ■

33 *Op. Cit.* RIVERA MIR, Sebastián. El expendio de libros de viejo en la Ciudad de México (1886-1930), p. 48.

34 *Op. Cit.* ELIZONDO SAGREDO, José Félix. En la feria del libro, p. 325.

35 *Ibid*, p. 325.

36 Cfr. RUEDA RAMÍREZ, Pedro J. *Negocio e intercambio cultural: el comercio de libros con América en la Carrera de Indias (siglo XVII)*. Diputación de Sevilla: Universidad de Sevilla, Csic Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 2005.

37 Anónimo. Qué se lee en México. *La Voz de México*, 1938, 13 octubre, p. 5.

38 TABLADA, José Juan. El bibliómano. *De bibliomanía. Un expediente*, de Jaime Moreno Villarreal, selec., introd., y trad. Xalapa, Veracruz: Universidad Veracruzana, Biblioteca, 2006. p. 305.

39 El tono melancólico, casi de desahucio del libro con que el Bibliómano se expresa es un tono recurrente en este tipo de literatura y personajes. En ese sentido, esa narrativa sólo adquiere tintes generalizadores.

40 Cfr. González Sánchez, Carlos Alberto. *Los mundos del libro. Medios de difusión de la cultura occidental en las Indias de los siglos XVI y XVII*. Diputación de Sevilla: Universidad de Sevilla, 1999.



## OBRAS CONSULTADAS

- Academia Española, Real. *Diccionario de la Lengua Española* [en línea]. <http://dle.rae.es/index.html> [Consulta: octubre 2018].
- ÁNGELES ESCOBAR, Noé; DÍAZ AGUILAR, Janet J.; ROMERO MIRANDA, Xavier; Sosa Miguel. Las bibliotecas, imprentas y librerías en las guías de forasteros y obras relacionadas de la Ciudad de México. *Investigación Bibliotecológica*, 2009, vol. 23, núm. 47, p. 91-128.
- Anónimo. *La orquesta*, México, 1866, 21 de febrero.
- Anónimo. Qué se lee en México. *La Voz de México*, 1938, 13 octubre.
- AZUELA, Mariano. *Los de abajo*. Edición crítica de Jorge Ruffinelli (coord.). España: Archivos ALLCAXX, 1996
- CARDONA PEÑA, Alfredo. *Crónica de México*. México: Antigua Librería Robredo, 1956.
- Del autor al lector* / Carmen Castañeda, coord. México: Ciesas: Miguel Ángel Porrúa, 2002.
- Los escritores y los libros* / Jesús Castañón Rodríguez, ed. México: Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1960.
- ESTRADA, Genaro. *Obras completas: Poesía, narrativa, prosa viaria, crítica, arte*. México, Siglo XXI Editores, 2004. vol. 1.
- ELIZONDO SAGREDO, José Félix. En la feria del libro. *De bibliomanía. Un expediente*, de Jaime Moreno Villarreal, selec., introd., y trad. Xalapa, Veracruz: Universidad Veracruzana, Biblioteca, 1924. p. 325-329.
- FIGUEROA DOMÉNECHE, J. *Guía general descriptiva de la República Mexicana*, México: Ramón de S. N. Araluce, 1899.
- FUENTES CASTILLA, Enrique. *Antigua Madero librería: el arte de un oficio*. México: La Gaja de Cerillos Ediciones, 2012.
- GÓMEZ ÁLVAREZ, Cristina y OZUNA CASTAÑEDA, Mariana. La literatura en el comercio de libros (Cádiz-Veracruz, 1750-1778). *Unidad y sentido de la literatura novohispana*, Juan Pascual Buxó (ed.), México: Unam, 2009. p. 489-535.
- GONZÁLEZ SÁNCHEZ, Carlos Alberto. *Los mundos del libro. Medios de difusión de la cultura occidental en las Indias de los siglos xvi y xvii*. Diputación de Sevilla: Universidad de Sevilla, 1999.
- Guía de forasteros en la ciudad de Méjico, para el año de 1854: contiene las partes política, judicial, eclesiástica, militar y comercial* / Mariano Galván Rivera, ed. Méjico: Santiago Pérez, 1854. 352 p.
- LÓPEZ CASILLAS, Mercurio. *Libreros. Crónica de la compraventa de libros en la ciudad de México*, México, Conaculta, 2016.
- MORENO GAMBOA, Olivia. Hacia una tipología de libreros de la Ciudad de México (1700-1778). *Revista Estudios de Historia Novohispana*, 2009, no. 40, p. 121-146.
- El mundillo del libro en la capital de Nueva España. Cajones, puestos y venta callejera (siglo XVIII). *Revista de Indias*, 2017, vol. LXXVIII, núm. 270, p. 493-520.
- PÉREZ-REVERTE, Arturo. *El Club Dumas*, México: Punto de lectura, 2012.
- PRANTL, Adolfo y Grosó, José L. *La Ciudad de México, novísima guía universal de la capital de la República Mexicana*, México: Librería Madrileña, 1901.
- RIVERA MIR, Sebastián. El expendio de libros de viejo en la Ciudad de México (1886-1930): en busca de un lugar entre pájaros, fierros y armas. *Revista Información, Cultura y sociedad*, 2017, número 35, p. 43-64.
- RUEDA RAMÍREZ, Pedro J. *Negocio e intercambio cultural: el comercio de libros con América en la Carrera de Indias (siglo xvii)*. Diputación de Sevilla: Universidad de Sevilla, CSIC Escuela de Estudios Hispano-americanos, 2005.
- TABLADA, José Juan. El bibliómano. *De bibliomanía. Un expediente*, de Jaime Moreno Villarreal, selec., introd., y trad. Xalapa, Veracruz: Universidad Veracruzana, Biblioteca, 2006. p. 305-307.